



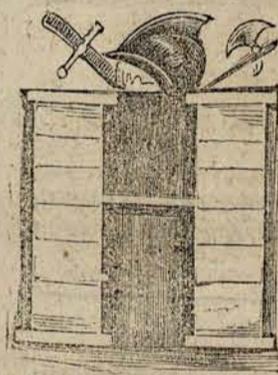
RIENZI,

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

CAPITULO IX.

El cuadro.



ALLÁBASE reunida inmensa muchedumbre en la plaza del mercado y al pié del Capitolio. Cada cual dirigia sus conatos á adelantarse, no sin detrimento de los que le estorbaban el paso: cada cual pugnava por acercarse á un punto, en torno del cual se oprimian las oleadas del pueblo hasta el extremo de no dejar una sola línea de espacio vacío.

—¡Corpo di Dio! exclamó un hombre de elevada estatura hendiendo las masas, cual corta un buque las alborotadas olas á derecha é izquierda de su proa: ¡Corpo di Dio y cuán ruda tarea! ¡Válgame la Virgen santa! ¿A qué viene atropellarnos de este modo? ¿No

veis que mi brazo derecho está herido y entablillado, y que no puedo hacer de él mas uso que si fuera un niño de pecho? Pero como á vosotros no os duele me golpeais cual si fuera yo una muralla de cal y canto.

—¡Ah, Cecco del Vechio, vos aquí! Preciso es abriros calle porque estais bastante delicado, y sois harto pequeño para manejaros entre esta muchedumbre; venid, yo seré en vuestra ayuda, dijo un pigmeo de algunos cuatro pies de estatura, dirigiéndose al gigante.

—A fe mia, dijo ceñudo el herrero mirando á la plebe que se reía de la oferta de aquel hombrecillo, que todos, grandes y pequeños, necesitamos de socorro. No hay que reirse, gente insensata, se conoce que no entendeis á quien os habla por parábolas.

—Y eso que de parábolas se trata, repuso haciendo un leve gesto irónico un hombre colocado entre la multitud algunos pasos delante del herrero.

—Buenos dias al Señor Baronelli, respondió Cecco del Vechio, sois un hombre de bien; amais al pueblo, y solo con veros rebosa el corazón de gozo. ¿Mas quereis decirme que significa todo esto?

—No lo sé; el notario del Papa ha colocado un lienzo delante del mercado: al decir de las gentes que vagan por ahí tiene relacion con Roma; y se devanan los sesos bajo este sol ardiente por descifrar el enigma.

—¡Oh, oh! dijo el herrero empujando á la muchedumbre y dejando al orador á su espalda, si Nicolás de Rienzi figura en este asunto he de conseguir buen puesto aunque para ello fuera preciso romper duras rocas.

—¿Y qué beneficio puede traernos un lienzo embadurnado? dijo Baronelli con áspero tono volviéndose hácia los que le rodeaban; pero nadie le oía y el pretendido demagogo se mordía los labios de rabia y de despecho.

Entre los juramentos y las querellas medio ahogadas de los hombres á quienes empujaba rudamente, y entre los agudos gritos de las mujeres, cuyas ropas y



tocados no trataba con mas ceremonia, pudo abrirse camino el robusto herrero hasta un espacio defendido por cadenas, y en cuyo centro se veía el gran cuadro.

—¿Cómo habrá venido ahí? preguntaba uno; nadie vino á esta plaza antes que yo, y ya estaba en ese mismo sitio.

—Ahí le vimos al apuntar el día, dijo un vendedor de frutas, y desde entonces nadie se ha acercado á ese punto.

—¿Sabeis por qué se mezcla Rienzi en este suceso?

—¿Podríamos pensar en otro alguno? preguntaron mas de veinte voces.

—Es verdad. ¿Quien sino él podria ocuparse de nosotros? dijo el herrero: me atreveria á jurar que ese gran hombre ha empleado toda su vida en esa pintura.

—Válgame la sangre de san Pedro! ¿Sabeis que es cosa soberbia? Mas; ¿qué significa todo eso?

—¡Ah! ahí está el misterio, dijo un vendedor de peces en ademan de reflexion profunda. Contento moriria yo á trueque de adivinar ese enigma.

—Sin duda hay en eso algo de libertad y de tributos, dijo el cortador Luigi.

—¡Ah! Si le creyeran á Rienzi, no habria persona que no pudiese echar un pedazo de carne en la marmita.

—Y todos comerian pan hasta que se hartasen, añadió un tahonero macilento y enjuto.

—¡Bah! Carne y pan todos lo comen; pero, ¿qué vino beben ahora los pobres? No hay estímulo para que uno se afane en cultivar sus cepas, repuso un viñero anciano.

—¡Ah! ¡Bravo, bravo! Conceda Dios larga vida á Pandolfo de Guido! ¡Paso al señor Pandolfo! Es un notario, amigo del pueblo: él nos explicará la significacion de esa pintura. ¡Abridle calle!

(Continuará.)

LAS DOS HERMANAS.

¡Si supieras que misterios encubren esas sonrisas, que vanidades tapan esos terciopelos, que dolorosos gemidos han oido esos sofás! No es de mi incumbencia el moralizar, pero si yo quisiera levantar una punta de esas telas de seda ya verias lo que se esconde debajo de ellas. A todos esos jóvenes que tú ves ahí, los he amado mucho, han sido mis compañeros, mis hermanos; yo me he batido con su espada, he recorrido la ciudad bajo su capa, me he servido de sus blancas manos, de sus blasones y de sus rostros para corromper, para seducir y perder para siempre á mas de una púdica inocencia que se precipitaba con los ojos cerrados; mas de una vez bajo la máscara de estos marquesitos, cuyos abuelos habian sido segados por el cardenal Richelieu, y á quienes esperaba tambien el cadalso, me he introducido en el baile de la ópera, buscando sencillamente á la reina de Francia participando sin embargo de sus desórdenes y diciendo para mí al mismo tiempo. ¡Imbéciles! ¿cómo se pierden por su gusto! ni para ellos mismos tienen conside-

racion ni respeto. Todos los honores y privilegios que con tantos sudores habian ganado sus padres á costa de mil peligros y aun de su condenacion eterna, los rojan ahora ellos al viento como si mañana pudieran ser los amos de este humo y decirle ¡Obedecednos!—¡Insensatos! no tratar ni de defenderse de esa fiera, que ellos han desencadenado y á quien llaman el pueblo; juegan con el leon; como si el leon no tuviera dientes y garras. Para divertirse impunemente en semejantes orgías, que pervienten á la vez lo pasado y lo presente es menester ser, como yo, eterno. Hé aquí la razon porque aun en estas noches delirantes de desórden, si miras el fondo, hallarás un no sé qué de triste que causa miedo... Aquí el diablo se echó á reir de su propia moralidad.

Yo sin embargo cont nuaba mirando á la casa llena de luces, de glotoneria, de pasiones y de amor. Ya habian llegado todos los jóvenes convidados á esta fiesta; uno solo faltaba y ya parecia que no le esperaban cuando le vimos presentarse. Era de un aspecto severo. Habia tomado la costumbre de estar siempre serio y conservaba esta actitud aun en la orgía. Iba vestido de negro, su espada no llevaba borlas, su peluca apenas tenia polvos; tenia un cuidado extremo en moderar la viveza de sus miradas, la alegria de su sonrisa; era uno de los hipócritas de su tiempo, porque todas las edades tienen sus hipócritas; solamente que en esta época la virtud no era una virtud devota sino una virtud austera. Habia renunciado al cilicio y la disciplina para cubrirse con el manto de Bruto y el sombrero de Guillermo Penn. El joven de que hablamos, merecia ser estudiado. Sus amigos y sus queridas se acomodaban á su humor. Por lo general hay en la hipocresia una omnipotencia casi sobre natural, que hace adherirse á ella quiera se ó no se quiera; y nadie ni aun las prostitutas llenas de vino se atreven á hacerle cara frente á frente. Será que efectivamente la hipocresia es mas poderosa y atrevida que la virtud. El hipócrita es tan capaz como el virtuoso, pero tiene ademas de este una ventaja que es su misma maldad. Ha estudiado con esmero la virtud aunque no sea sino para tomar el aspecto, el lenguaje, todas las apariencias exteriores, asi es que conoce la parte fuerte y la parte flaca, á la que ataca á menudo con sus propias armas. Añaden á esto que la virtud destierra el vicio y la hipocresia le corrobora. El vicioso nunca se halla bien sino cuando está en compañía del hipócrita ellos se entienden perfectamente, se protejen, se defienden el uno al otro, el hipócrita presta al vicioso su máscara, este en cambio le confía sus queridas; cuando el hipócrita vacila el vicioso le sostiene y cuando cae le cubre con su capa. Asi no estrañes que en esta sociedad de viciosos se hallasen tambien hipócritas. Uno de los mas hábiles hipócritas de aquel tiempo era ese señor austero y galante, que acaba de entrar, el marqués de Cintrey.

—Y ahora, añadió el diablo cuando dió fin á su disertacion moral. ¿comprendes lo que vá á pasar?

—A fé mia que no, contesté yo, porque me has prometido una historia que no fuera vulgar y hasta el presente no veo mas que una casita, una mesa llena de manjares, una cena opípara, cantatrices de la ópera, jóvenes de *L' Oeil de Boeuf*, lunarcitos peucas empolvadas, piesecitos pulidos, rostros cansados, ojos que brillan, perlas que se agitan sobre senos que laten, en una palabra veo algo de espléndido y magnifico en la forma, pero tan trivial en el fondo como un vaudeville de Mr. Ancelot.

—¿Y no ves, repuso el diablo, allí, á tu izquierda una pobre muger que se desliza temblando en ese gabinete medio á oscuros? Mirala, ¿qué pálida está! Es imposible tener un cutis mas blanco, un cuello mas hermoso, un brazo mas bien hecho, un mano y un pie mas pequeños; pero tambien es imposible tener mas tristeza en el alma mas pesares en el corazon. Ciertamente es hermosísima esa muger, tú debes reconocerla es Luisa, es la marquesa de Cintrey.

—Me parece, dije yo, que empiezo á entender algo; madama de Cintrey enamorada de su marido y engañada indignamente por él, impelida por los celos se vá sola, á esa obscena habitacion para conocer toda la estension de su desgracia.

—Tú no entenderás nunca nada, replicó el diablo, si quieres saber mas que yo. Vaya, hagamos una tregua, una transaccion entre tu inteligencia y la mia; no seas como los majaderos que desde su sitio apuntan palabras elocuentes á M. Thiers cuando este está en la tribuna. Mr. Thiers sabe mas que todos ellos, ¿no es verdad? y yo se casi tanto como Mr. Thiers.

—Ta, mira ahora al otro lado de la pared divisoria, del lado oscuro y terrible del convento inmediato ¿no ves á una religiosa que se abandona á los accesos mas violentos de desesperacion, grita, blasfema, se tuerce los brazos y arroja espuma por la boca?

—Sí, sí, contesté espantado. Al través de esa espesa muralla y esa sombra profunda que apenas abuyenta esa lámpara sepulcral... ¡Oh qué cuadro tan horrible! Esa muger tambien es hermosa, pero en su furor semeja una leona. A sus pies hay un cántaro caido sobre un pan negro; una calavera que sonrie espantosamente, se halla colocada al lado de la lámpara, cuyos sombríos reflejos se hunden en la concavidad de sus ojos descarnados y resaltan sobre sus bruñidos dientes. Cualquiera tendria á esa muger por una alma en pena, que entona el *De profundis*. En un rincon sobre ese monton de paja, un crucifijo ensangrentado y aun en esta santa imágen el inquisidor que la ha esculpido, ha pintado mas bien la cólera que la indulgencia. Todo esto es horrorosísimo. Esa desgraciada está cubierta de un cilicio que desgarras sus delicadas carnes, y sin embargo se me figura que era hermosa garganta de alabastro vá casi á hacer saltar esas mallas terribles. Los cabellos de esa muger están llenos de paja, su mirada respira furor y su corazon rebosa venganza ¿Quién es, pues, esa muger?

—¿Quién quieres que sea? contestó el diablo banboleándose. Esa es Leonor. Conmovido hasta el último extremo impresionó á mi alma fuertemente el drama que yo palpaba con el oido y la vista, y ya me prometia ser testigo de alguna escena rara y estraña, cuando de repente el diablo retiró su mano y desapareció en el aire como el humo; y ya no se ofreció á mi vista sino una porcion de sombras confusas del palacio y de otros edificios sumidos en una oscuridad impenetrable. El diablo me abandonó en lo mejor de su historia. Hasta el cigarro que me habia dado y que yo fumaba con deleite se volvió á convertir en un pedazo de madera insípida.

Solo ya, bajé como pude de las alturas desencantadas abriendo los ojos sin ver nada, aplicando el oido sin oír el menor ruido, perseguido por mil visiones fantásticas, por mil rumores confusos y buscando inútilmente el desenlace de esta historia, que tiene lugar entre la virtud y el vicio, entre la austeridad y la corrupcion, entre la paja de un calabozo y el sofá de un gabinete.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

Una de estas noches próximas se representará la graciosa comedia del señor Breton de los Herreros; *Una Vieja!*

Tambien se va á ejecutar la comedia del mismo autor *Un tercero en discordia.*

Antes de anoche se repitió en el teatro del Príncipe la tragedia *Alfonso Munio*. A pesar de la escasisima concurrencia, la ejecucion fue esmeradísima especialmente por el señor Latorre, y se oyeron los mismos aplausos que en la noche que se estrenó.

La noche del 20 de junio último se cantó en el *Real teatro del Fondo* de Nápoles la antigua ópera del maestro Fioravanti, *La cauta trici villano*. La Sra. Rosa Bishop y el señor Casaccia (*don Bucéfalo*) han sido colmados de aplausos y llamados varias veces á la escena. El público napolitano no se ha dejado transportar de un entusiasmo tan verdadero como en esta ocasion, hacia ya mucho tiempo: lo cual prueba el talento del bufo Casaccia y la maestría del bello canto de la Bishop.

En el *Teatro de la Pergola* de Florencia han debido tener lugar las tres últimas representaciones de la *acclamatissima* ópera del maestro Verdi, *Ernani*, en la cual estan incomparables la señora Erminia Frezzolini, Poggi y Bassini.

En el teatro de la ópera italiana de Lóndres se ha ejecutado últimamente la *Lucrecia*, por la Grisi, Lablache, Mario y un graciosísimo Orsini, la valerosa Favanti.

El tenor Salvi ha cantado el tres de este mes en el palacio de Buckingham en presencia de S. M. la reina Victoria.

VARIEDADES.

Se hallan en venta en la librería del editor D. Ignacio Boix las cuatro entregas que forman lo publicado hasta el dia en nuestra *Revista* de la magnífica novela *Rienzi ó el último tribuno*: El precio de cada entrega en magnífico papel y hermosos grabados en madera es el de dos reales.

Hoy se reparte el tomo 10 y último de la interesante novela *Los misterios de Paris*, traduccion de don Antonio Flores. Acompañan á este tomo los 32 retratos que han de repartirse entre los demas conforme á la numeracion que cada uno tiene.

Están en prensa los tipos de la *Colegiala*, por don Carlos Doncel, y el del *Usurero*, por N. F. C., que han de formar parte de la interesante obra *Los Españoles pintados por sí mismos*.

En la actualidad vive en San Petersburgo un anciano de 107 años, que habia estado largo tiempo desterrado en la Siberia por haber agradado á una princesa polaca, querida del príncipe de Petemkin. Cuando este anciano fue presentado al emperador Nicolás y le hubo preguntado éste la causa de su destierro, el anciano contestó: «Si V. M. me permite hablar, le diré que todos los sufrimientos de la tierra no tienen mas que un motivo, y que todos espiamos la falta de Adán y Eva: yo he padecido por causa de esta última.»

El enano Tom-Fhum, llamado el *general indio*, está siendo en Inglaterra objeto de gran curiosidad. Posee grandes habilidades gimnásticas, y todos los dias que ha dado representaciones los teatros han estado llenos. Un diario inglés dice ha sido muy festejado por la reina, por el rey y reina de los belgas, por la duquesa de Kent, siendo considerable el número de lindas jóvenes sobre cuyas faldas ha saltado. El general Tom ha comprado una linda carretelita tirada por un par de *pouey*s.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

A las ocho y media de la noche. Se pondrá en escena la muy acreditada tragedia original, en cuatro actos, titulada: ALFONSO MUNIO. Se dará fin á la funcion con baile nacional.

DEL PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche. La comedia en tres actos titulada: EL HEROE POR FUERZA. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche: Primera representacion de la comedia nueva, original, en tres actos, titulada: DIOS NOS LIBRE DE UNA VIEJA. Para la primera salida de la señora Petit Stephan, divertimento de baile; 1.º Pas-de-deux por la señora Neodot y el señor Gotrdoux. 2.º Pas-de-deux por la señora Petit Stephan y el señor Gontié. Terminará la funcion con la comedia en un acto, titulada: UNA RETIRADA A TIEMPO.

DE VARIEDADES.

A las cinco de la tarde: Sinfonía. El drama en cuatro actos, titulado: GUZMAN EL BUENO. Finalizando con baile nacional.

A las ocho y media de la noche; Sinfonía. La comedia en tres actos, titulada: EL RIGOR DE LAS DESDICHAS. Baile nacional y un divertido sainete.

IMPRESA DE DON IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8.